

Lolita cumple cincuenta años

Mauricio Molina

*Voy a guardar Lolita durante seis años:
esperaré a que cumpla los dieciocho.*

GROUCHO MARX

Ya es un lugar común afirmar que *Lolita* (1955) de Vladimir Nabokov es una de las novelas arquetípicas del siglo pasado. Su personaje central, junto a Molly Bloom de *Ulysses* de James Joyce y Odette de *Por el camino de Swann* de Marcel Proust, se encuentra entre los más vivos de la literatura moderna. La rotunda sexualidad escatológica y desmedida de Molly Bloom se combina con la frivolidad superficial y falso encantamiento *chic* de Odette, y de este injerto trasladado a los Estados Unidos de los años cincuenta, brota este efebo —niña, infinitamente enigmática y maligna, vulgar y *kitsch*— capaz de aniquilar en una escena memorable de la novela al inefable, culto y sofisticado Humbert Humbert, con un solo movimiento de cadera, al lanzar un tiro de *top spin* en un partido de tenis.

El propio Nabokov definió así a su creatura:

Entre los límites de los nueve y los catorce años surgen doncellas que revelan a ciertos viajeros embrujados, dos o más veces mayores que ellas, su verdadera naturaleza, no humana sino ninfica (o sea demoníaca); propongo llamar ninfulas a esas criaturas escogidas.

Publicada en 1955, la novela condensó la censura y la indignación moralista de la mojigata sociedad norteamericana. Ese odio es ante todo un síntoma: el abuso sexual de los niños era intolerable no por su exotismo, sino (hoy lo sabemos) por su cotidianidad grotesca que sólo por medio de la represión podía afirmarse.



Lolita de Stanley Kubrick

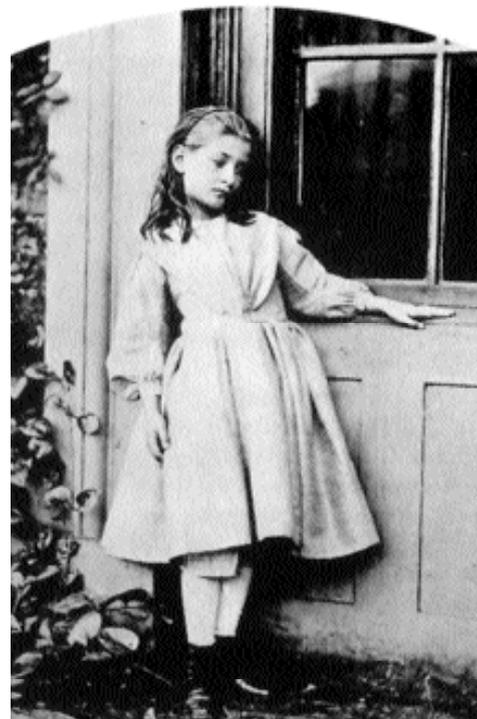
Escrita en pleno periodo macartista, la novela tiene el sorprendente éxito de la oportunidad: su impacto, en un principio, parecía efímero, pero se quedó como una bala enterrada en el corazón de nuestro tiempo. En una de sus últimas entrevistas, Nabokov declaró que *Lolita* era su obra preferida.

La anécdota no puede ser más simple: un viejo profesor de literatura europea, de oscuros orígenes eslavos, se enamora de una delgada niña de doce años hasta caer en el asesinato, la ruina, la cárcel, el suicidio. El tema es completamente banal para la literatura del siglo XIX, donde abundan los matrimonios de niñas de doce con hombres de cuarenta, y sería aún más aburrido en el siglo dieciocho, donde los libertinos de Sade o Casanova gustan de frecuentar el arte del desfloramiento como parte de un ritual común y corriente. Sólo en la mojigata sociedad norteamericana de mediados del siglo XX se pudo dar esta obra maestra de

la sutileza literaria, este exquisito manjar del estilo, este ponzoñoso postre de mala leche capaz de envenenar a quien lo lee. Esta combinación de *El ángel azul* con *Betty Boop*, saturada de guiños literarios, citas apócrifas y juegos intertextuales muy a pesar de su simplicidad aparente, es sin lugar a dudas una de las cumbres de la narrativa nabokoviana.

Pero la ninfula no es sólo la representación de una niña-mujer. Como lo ha señalado Roberto Calasso en su prodigioso ensayo *La locura que viene de las ninfas*, se trata de una *potencia mental* primigenia anterior a la llegada de los dioses en la mitología helénica. Las ninfas habitaban el mundo encarnando las poderosas fuerzas de la posesión. La ninfa es portadora de la locura, del asombro, del erotismo.

En este sentido *Lolita* puede leerse como una *poética de la posesión* de *Justine* del Marqués de Sade, que sería una *poética de la entrega*. Humbert Humbert no quiere compartir su preciado tesoro con nadie. Este afán de posesión absoluta, de egoísmo profundo, conduce las acciones de Humbert Humbert y provoca también su tragedia. Doble posesión: Humbert posee a Lolita, pero también Lolita posee a Humbert por medio de la locura. En algunas novelas de Nabokov aparece un personaje oscuro, que ironiza, caricaturiza y finalmente destruye al protagonista, un sosias maldito. Si Lolita es el objeto de la posesión, tiene que aparecer un personaje que se lo robe con la sola intención de destruirlo. En este caso se trata del ominoso Quilty, el doble maléfico de Humbert. Quilty es la encarnación del Mal. Basta con recordar que después de robarle a Lolita, se dedica a hacer filmes pornográficos con ella para luego abandonarla.



Elizabeth Lay Hussey, Florence Bickersteth y Gertrude Dykes fotografiadas por Lewis Carroll

Lolita es una obra nostálgica, una novela sobre la desdicha inmisericorde de quien tiene una fantasía y sucumbe al realizarla. Nada es más terrible que ver cumplida una obsesión, ya que al otro lado se encuentra la locura. Humbert Humbert, el tragicómico héroe de la narración, accede a algo que sólo a los santos o a los dementes les está deparado: la encarnación de un deseo. Si seguimos un esquema psicoanalítico clásico, la sexualidad suele obedecer a un patrón específico, determinado esencialmente por las primeras relaciones sexuales, de modo que “la primera vez” resulta esencial para el sujeto, ya que tenderá a repetir la escena de un modo inconsciente durante toda su vida. Humbert Humbert es un hombre atrapado por su “primera vez”. Al principio de la novela Nabokov —un hombre que despreciaba el psicoanálisis— hace que su personaje nos confiese su primera experiencia sexual a los doce años y de cómo ésta se convierte en el argumento mítico de su deseo. La moraleja oculta —si la hay— en *Lolita* se encuentra no tanto en el castigo al perverso que trans-

grede el tabú de las buenas conciencias, sino, más inquietante aún, esa sensación de pérdida constante, esa melancolía, ese regusto amargo de la perversión que siempre nos deja insatisfechos. Es el deseo que se quedó sofocado debajo de la almohada, oculto como una serpiente entre las sábanas, que acecha siempre en lo más profundo de la psique humana.

En lo que se refiere al placer y al ámbito de las fijaciones, sería preciso ahondar un poco en las relaciones entre Nabokov y el psicoanálisis. Es sabido el desprecio con el que trataba a Freud (“el médico vudú de Viena”). Toda esta rabia, ¿no hace de su trabajo un material profundamente analizable? Sólo me detendré en un par de puntos nodales: el Eros y el Tanatos en la obra de Nabokov, temas plenos de resonancias y tentación del analista que busca a papá y a mamá en cada trazo que realiza el escritor frente a la página en blanco. Hay una tierra prometida del deseo, pero ésta no se encuentra en un presente degradado donde sólo es posible el asesinato: esa tierra se encuentra en el pasado adolescente. *Lolita* nos

remite al difícil acceso a la sexualidad madura y rememora nostálgicamente la pérdida de un reino de libertad sensual incompatible con el presente. Si los personajes adolescentes de Nabokov son unos “perversos polimorfos” —según la ya clásica definición freudiana de la sexualidad infantil— la pérdida de este ámbito o entorno sólo puede conducir, para Nabokov, a la muerte y a su resolución por medio del crimen.

La legendaria prohibición en los Estados Unidos de *Lolita*, que tuvo que ver la luz en Inglaterra, no debe de causarnos ninguna sorpresa: es una demostración más de su vigencia indiscutible y pone el acento en nuestras más profundas y secretas pulsiones. Es posible que la herida causada por Nabokov no cierre nunca porque siempre estuvo abierta en realidad. Lo triste no es tanto la censura, sino la existencia de este deseo terrible por violar, colonizar y destruir ese universo maravilloso de las niñas descubiertas en el momento en que, por un instante, se convierten en mágicas apariciones cargadas de una sensualidad perturbadora y eterna. [U]

Lolita es una obra nostálgica, una novela sobre la desdicha inmisericorde de quien tiene una fantasía y sucumbe al realizarla.